

# **Personas sin hogar, crisis y estigma. Cuando los esfuerzos por preservar la autoestima atentan contra la posibilidad de conformar una identidad colectiva.**

Santiago Bachiller.

Cita:

Santiago Bachiller (2008). *Personas sin hogar, crisis y estigma. Cuando los esfuerzos por preservar la autoestima atentan contra la posibilidad de conformar una identidad colectiva. IX Congreso Argentino de Antropología Social. Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales - Universidad Nacional de Misiones, Posadas.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-080/485>

## **Personas sin hogar, crisis y estigma. Cuando los esfuerzos por preservar la autoestima atentan contra la posibilidad de conformar una identidad colectiva**

Dr. Santiago Bachiller  
CONICET-UNPA  
[santiago.bachiller@gmail.com](mailto:santiago.bachiller@gmail.com)

### ***Resumen***

Para quienes residen en la vía pública, la calle es sinónimo de un espacio altamente estigmatizado, dominado por la violencia, desconfianza e incertidumbre. Por consiguiente, para las personas sin hogar resulta fundamental hallar un sentido de normalidad y humanidad que les permita preservar su autoestima del contexto de exclusión residencial. A partir de un trabajo etnográfico con *homeless* en la ciudad de Madrid, el presente trabajo indaga en las tácticas emotivas encaminadas hacia un proceso de redención. Las mismas operan bajo una lógica que supone escapar al estigma inherente a la condición de sin hogar, distanciándose discursivamente de los demás compañeros de desgracias; no obstante, estos procesos de diferenciación limitan las posibilidades de elaborar un relato común sobre sus sufrimientos, obstaculizan las probabilidades de conformar una identidad colectiva que apueste por reivindicar conjuntamente los derechos de ciudadanía.

**PALABRAS CLAVES:** Personas sin hogar, Crisis, Estigma, Redención

### ***Introducción***

La relación entre narrativa, memoria y formas de representación es especialmente importante cuando analizamos situaciones violentas. Las experiencias dramáticas conducen a crisis colectivas y al sufrimiento de los sujetos. Se trata de situaciones vividas como extraordinarias, donde los marcos de referencias básicos se desmoronan y afectan las formas en que habitualmente concebimos la temporalidad. En tanto vivencia profunda y negativa, el trauma altera las concepciones que el sujeto posee sobre su lugar en el mundo.

¿Cómo lidiar con un tormento tan devastador? Existen pautas culturales para hacer frente a las situaciones dramáticas y encontrar un sentido en medio de la devastación. Las religiones representan la vía más tradicional de resistir a las fatalidades, de hacerlas más soportables a partir de una promesa de redención futura. Asimismo, en diversas investigaciones se ha resaltado a la violencia como un factor fundador de comunidades, un elemento que congrega a quienes sufren en una narrativa y un colectivo que permite superar conjuntamente sus padecimientos. ¿Pero qué ocurre cuando los sujetos no logran inscribir sus experiencias traumáticas en un patrón común que posibilite explicar el dolor? ¿Cómo afrontar las penas cuando no existe una comunidad ni una narrativa disponibles que aporten una sensación de alivio? Este trabajo tiene como objetivo responder a dichos interrogantes a partir de un trabajo de campo realizado con personas sin hogar –en adelante PSH– en la ciudad de Madrid. La etnografía fue llevado a cabo a lo largo de más de tres años, y privilegió un grupo

de *homeless* que reside en un punto específico de la ciudad: la Plaza Isabel II, más conocida como Plaza Ópera<sup>1</sup>.

Caracterizando a la calle como un espacio residencial dominado por la violencia, la inestabilidad y la desconfianza, se analiza la dificultad que presentan las PSH por explicar el proceso de *sinhogarismo*<sup>2</sup> a partir de un patrón narrativo que permita afrontar colectivamente sus desdichas. A modo de hipótesis, se sostiene que el estigma es el factor primordial para explicar dichos obstáculos. A nivel emotivo, ¿cómo se las ingenian para adaptarse a un entorno de exclusión tan limitante como es la calle? Las necesidades de un individuo no se reducen a un plano material, todo ciudadano tiene determinadas demandas afectivas que cubrir y las PSH no son la excepción a la regla. Para esta gente, mantener un nivel de autoestima y dar sentido a las experiencias que les ha tocado vivir es especialmente crítico, pues la propia sensación de humanidad está en juego.

Como veremos, los procesos de redención guardan relación con una serie de tácticas emotivas o psicológicas adoptadas por cada individuo, en donde los esfuerzos están encaminados a desligarse de las etiquetas que menoscaban a los *homeless* en su conjunto. Por último, y como se sostiene en la conclusión, cuando la estadía en la calle se prolonga y se expresa en años, el entorno de exclusión altera las orientaciones cognitivas de los sujetos, trastocando los significados de normalidad y crisis.

### ***1. Sinhogarismo y crisis: la calle como “espacio de devastación”***

Tras analizar la bibliografía sobre el *sinhogarismo*, queda claro que uno de los temas más estudiados ha sido las causas que conducen a la situación de calle. Básicamente, las explicaciones se dividen en aquellas que siguen una lógica estructural de las que adoptan un enfoque más centrado en el individuo. Los estudios holísticos explican al *sinhogarismo* como consecuencia de determinados procesos económicos y políticos. En tal sentido, y como señala Das (1997), debido a que los factores político-económicos configuran la distribución del sufrimiento en el mundo contemporáneo, resulta vital analizar la lógica del espacio social en la comprensión del dolor. En el segundo caso, los modelos teóricos han apelado al concepto de patología, enfatizando en los problemas asociados con la salud mental, la discapacidad, las adicciones y la personalidad del sujeto<sup>3</sup>.

El elemento a destacar consiste en la centralidad que adquiere el concepto de crisis para ambas perspectivas. Los dos modelos de interpretación se organizan en torno a la imagen de un “quiebre” abrupto en la cotidianidad de las personas. De tal manera, el *sinhogarismo* es concebido como el fin de una etapa vital, como una profunda dislocación de la temporalidad que obliga al sujeto a reencauzar su vida. De modo similar, es posible observar que la metáfora de “la caída en desgracia” es la imagen que funda las narrativas sobre la exclusión social (Autès. 2004; Paugam. 2007; etc.). La “caída” se constituye como el elemento disruptor

---

<sup>1</sup> La presente comunicación forma parte de la tesis en Antropología Social que he realizado en la Universidad Autónoma de Madrid, así como será publicada en el libro *Estados críticos: estudios sobre la experiencia social de la calamidad*. En: Visacovsky, Sergio (Ed.). Buenos Aires, Editorial Antropofagia/IDES (en prensa).

<sup>2</sup> “*Sinhogarismo*” supone una traducción literal del término “*homelessness*”, frecuentemente utilizado en el inglés. Considerando que la mayor producción académica sobre el tema se ha generado en Estados Unidos de América, los especialistas de la materia de habla castellana han incorporado dicho término como propio.

<sup>3</sup> Algunos autores han indagado en los cambios en la dinámica del mercado de trabajo. Otros han centrado sus esfuerzos en los problemas de vivienda; más específicamente, en Estados Unidos el fenómeno ha sido asociado con los procesos de gentrificación urbana de las décadas de 1970 y 1980. También se ha escrito sobre las transformaciones de los Estados de Bienestar y el avance de las políticas de ajuste fiscal. Por último, se ha considerado el estado de los vínculos familiares y su relación con el *sinhogarismo*. En lo que a las explicaciones basadas en el individuo se refiere, existen numerosos estudios sobre el alcoholismo en las poblaciones sin hogar. Asimismo, se profundizó sobre el nexo que liga a la vida en la calle con las toxicomanías. Otros investigadores se preocuparon por analizar la correlación entre la situación de calle y el proceso de desinstitucionalización psiquiátrica acaecido en Estados Unidos a principios de la década de 1980. En Glasser y Brigman (1999) o Shlay y Rossi (1992) es posible encontrar una buena síntesis sobre los estudios dedicados al *sinhogarismo*.

que permite delimitar dos fragmentos temporales claramente distinguibles: el pasado o la situación previa en tanto período de “normalidad”, y el presente-futuro, entendidos como la etapa instaurada a partir del salto al vacío.

En el sinhogarismo, la noción de crisis es tan fuerte que incluso domina la terminología con la cual se define al fenómeno. Aludimos a los “sin techo”, nos referimos a “las personas sin hogar”... es decir, caracterizamos a este segmento poblacional sobre la base de una serie de ausencias. Así, Sassier (2004) define a la exclusión como un proceso a partir del cual determinadas personas, que presentan una serie de dificultades, son definidas por una acumulación de carencias que se refuerzan recíprocamente. El efecto es una estigmatización, la formación de categorías de seres humanos identificados a partir de tales vacíos. Las PSH representarían una suerte de “corporización” de la crisis. Como puede verse en el siguiente cuaderno de campo, en numerosas ocasiones los *homeless* incorporan como propios tales estereotipos negativos. *Pablo no pierde nunca el humor. A cada mujer que pasa le grita cosas como: “¡guapa! Ven que hoy tengo sábanas limpias”. Luego me pregunta como se dice sin techo en chino. Cuando le respondo que no lo sé me dice: “chin luch, chin gasch, chin nada”. Francisco se suma al comentario de Pablo, pero sin el tono irónico que caracteriza a su compañero: “es que si estás en la calle no eres nada, no eres nadie. Somos lo peor, una mierda. Es así chaval, si estas aquí te sientes que no vales nada” (30 de Septiembre de 2004).*

El concepto de “sucesos vitales estresantes desencadenados” representa otro ejemplo que ilustra el peso explicativo que posee la noción de crisis. Según Muñoz (*et al.* 1995), el sinhogarismo guarda relación con la acumulación de numerosos hechos traumáticos: la muerte de un familiar próximo, la pérdida de un empleo, un problema severo de salud, etc. En primer lugar, esta gente ha padecido un promedio de situaciones dramáticas a lo largo de su vida bastante superior a la media española. En segundo término, estos traumas se refuerzan recíprocamente -de hecho, el 84% de dichos sucesos se produjeron antes o durante el año en que el sujeto vivió su primera experiencia de calle. Por otra parte, los conflictos desacomodan al sujeto no sólo por la carga dramática que de por sí conllevan, sino por generarse en períodos críticos de la vida, en etapas de transición de un estado vital a otro (*Ibíd.*). En el grupo de PSH que reside en plaza Ópera una serie de factores se combinan de forma recurrente: se trata de hombres que han superado ampliamente los 50 años de edad, donde la pérdida del empleo coincide con un proceso de separación o viudez, y que en líneas generales comparten unas altas tasas de ingesta alcohólica. Queda claro entonces que la noción de crisis es vital para las teorías sobre el sinhogarismo. Pero, ¿cómo procesa el sujeto los desequilibrios que lo llevaron a la situación de calle? ¿Cómo vive e interpreta esa serie de fatalidades?

La mayoría de las PSH coinciden en caracterizar los orígenes de sus aflicciones como un quiebre y la consiguiente caída<sup>4</sup>. Lo más frecuente es que mencionen un momento puntual

---

<sup>4</sup> Es importante destacar que no siempre es factible ligar la situación de calle con el concepto de crisis en tanto quiebre negativo y abrupto de la cotidianidad. En primer lugar, la figura del quiebre se constituye como un elemento disruptor que simplifica en exceso la realidad social, facilitando una delimitación de dos esferas: la de los incluidos y la de los excluidos. En segundo término, la metáfora de la caída no siempre es aplicable. Para más de una PSH resulta imposible distinguir una fecha, un punto que señale el origen de sus desgracias. Por el contrario, esta gente alude a una temporalidad marcada por las crisis recurrentes, refiere a un largo proceso con múltiples matices donde carece de sentido recordar la primera vez que se pernoctó en la vía pública. Además, la imagen de los comienzos en la calle como un quiebre radical se articula sobre una lógica que presupone un proceso de vida “normalizada”, el cual se ve interrumpido por una situación extraordinaria como es la situación de calle. Para quienes crecieron y fueron socializados en la calle, dicha ruptura es irrisoria, pues a lo largo de prácticamente toda su vida entablaron amistades con sujetos cuya cotidianidad y subsistencia dependía del desenvolvimiento en la vía pública. Por último, es digno de considerar el caso de las personas que, contradiciendo el sentido común que asocia la inmersión en el sinhogarismo con un dramatismo extremo, describen la sensación que experimentaron durante esos primeros días en términos de “un cierto alivio”. Ello se explica como consecuencia de los meses o años de angustia previos a la situación de calle. Los problemas arrecian y el individuo imagina lo peor, esta harto de luchar sin resultado. Cuando sucede lo más temido y se da cuenta que a pesar de todo es capaz de sobrevivir, experimenta una cierta sensación de tranquilidad.

como el comienzo de su actual condición en tanto “sin techo”. Los primeros días en la calle, y especialmente la primer noche que se pernocta en la vía pública, son descritos como un período bisagra que divide claramente un antes y un después en sus vidas. Este punto de inflexión estructura los discursos convirtiéndose en un eje donde los elementos positivos se sitúan en las etapas previas a la situación de calle, mientras que los factores negativos son agrupados en el bloque temporal que a partir de entonces se ha desatado. En dicha dinámica, vale la pena remarcar dos factores. En primer lugar, cuando la violencia se integra en el sistema de representaciones, termina afectando los marcos interpretativos de la memoria (Das. 2003). En tal sentido, el *sinhogarismo* es el principal factor que articula los relatos y moldea los recuerdos. En segundo término, las interpretaciones de la crisis plantean una relación problemática entre verdad narrativa y verdad histórica (Das. 1987). Siguiendo a Hallbawchs (2004), es posible afirmar que dichos discursos suponen la simplificación de un pasado que es recordado de forma idílica, lo cual no refiere tanto a la veracidad del mismo, sino al contraste que el informante quiere destacar respecto de un presente dominado por todo tipo de penurias y calamidades. *Roberto me cuenta que trabajó mucho tiempo plastificando pisos: “ganaba una pasta que no veas. Que viajes, que fiestas, que la hipoteca de mi piso, que pagar el coche... Lo que quieras, ¡vamos que como un rey!”. Como si fuerzas misteriosas se hubiese apoderado de su ser, concluye con la siguiente frase: “hasta que me quitaron todo, entonces perdí a mi familia, a la que iba a ser mi mujer, el curro... todo”. Luego de un largo silencio, reconoce que la situación de calle es consecuencia directa de su adicción a la heroína. “Ahora sólo me queda pedir, no puedo trabajar. Es que estoy hecho polvo, una mierda que ni puede cargar bolsas. Es humillante” (9 de Febrero de 2006).*

Las primeras semanas también pueden ser entendidas como un tiempo liminal (Tuner. 1999). La situación vivida es tan traumática, el cambio del entorno donde el sujeto debe desenvolverse es tan drástico, que esta gente se refiere a una etapa de aprendizaje. La socialización se produce en un espacio que posee códigos propios, lo cual implica la alteración de las percepciones de lo que hasta entonces era considerado como “normal”. La fase liminal supone un paréntesis donde la temporalidad reinante es diferente al período previo a la situación de calle, pero también respecto de la etapa de consolidación en el *sinhogarismo*. *P: ¿Y cómo viviste los primeros días que tuviste que dormir en la calle? R: ¡Fua!, los primeros días en la calle para mí era una aventura. Una aventura desconocida porque yo nunca había dormido en la calle. Ya estaba hasta los cojones de las putadas de mi mujer. Así que... eso era para mí una aventura desconocida. Te quedas, dices bueno... Pero como tenía el apoyo de este hombre que conocía, de otro y tal, bueno, lo empecé a sobrellevar. Pues bien, bien. Pero cuando me di cuenta de lo que era la calle... Lo he pasado mal. Ha habido veces que lo he pasado muy mal. Date cuenta, ahora tengo que ir a buscar cartones, después a coger las mantas. Hacerte la cama, te acuestas ahí y que sea lo que Dios quiera. Que no te venga nadie y te pinche, o te robe, o esto... A mi robarme, no me pueden robar nada. Por que no tengo. Que estás expuesto. Estás ahí en la calle. Después con mucha vergüenza también. Por que yo me arropo y que no me vea nadie. Aunque te pasa alguien y dicen “mira este truhán”. Se te cae la cara de vergüenza. Después el aseo... (Entrevista a Luismi, 15 de Marzo de 2005).*

El quiebre del *sinhogarismo* remite, en primer lugar, a la nostalgia y el sufrimiento de lo perdido. Los caminos que conducen a la calle suponen el dolor de presenciar como los vínculos familiares se descomponen, la pérdida del ámbito laboral, la distancia que lo aleja del hogar, etc. *P: ¿Cómo viviste los primeros días que dormiste en la calle? R: Muy mal. Muy mal porque el estar acostumbrado a vivir en un hogar es muy difícil después el adaptarte al estar en una calle. Desconoces, desconfías, no puedes, te duelen todos los huesos al dormir en el suelo (...) Te acuerdas de tu familia, de tus hijos, y verte así... ¿y qué hago yo ahora? Entonces hasta que te vas acostumbrando, te cuesta mucho (Entrevista*

a Federico, 16 de Marzo de 2005). En segunda instancia, la ruptura se asocia con las características del nuevo espacio de residencia. Para las PSH, la calle es un territorio de violencia, inestabilidad y desconfianza.

La violencia que padecen se manifiesta en los ataques nocturnos por parte de neonazis, otros *homeless* o incluso de grupos de jóvenes que se divierten los fines de semana embriagándose y pateando los cartones donde esta gente se refugia<sup>5</sup>. No obstante, lo más corrientes son otras formas más sutiles de violencia. Hay miradas, palabras o gestos, que pueden ser aún más dolorosas que una paliza. Exceptuando los ataques nocturnos, la violencia que afecta a las PSH suele ser abstracta, sin un victimario claramente identificable. Tratándose de procesos sociales complejos, difíciles de discernir, es común que las PSH muestren cierta dificultad por expresar en palabras su situación, cuales fueron los caminos que los condujeron al sinhogarismo y qué significa vivir en la calle. Según Das (1984), la violencia genera una dificultad por conectar los incidentes con las formas de explicarlos. En tal sentido, muchas veces las PSH afirman que no es posible describir sus dolores, que la única forma de acceder a tal conocimiento es a través del cuerpo, experimentando personalmente dichos padecimientos. El sinhogarismo es entonces asociado con un malestar generalizado, con un sufrimiento inenarrable, donde cuerpo y mente se combinan de una manera que no es posible transmitir a partir de la lengua. *Sergio me propone que pase una semana con ellos en la calle. Me explica que sólo así podré comprender lo duro que puede ser quedarse de pie todas las mañanas aparcando coches – lo dice enseñándome unas várices-, ir a buscar cartones por las noches, o recostarse a dormir permaneciendo alerta ante cualquier posible agresión. “Ya verás como extrañarás tu ducha, estar calentito... Es que si no lo vives no lo comprendes; yo te lo cuento en la entrevista, pero ni aún así lo entenderías”. Me explica que la primer noche no voy a dormir sino que voy a deambular por toda la ciudad: un poco para quitarme el frío de encima, otro poco para escaparle al miedo que implica quedar tan expuesto ante las agresiones. En esa primera semana, sólo dormiré durante el día (Entrevista a Sergio, 31 de Enero de 2006).*

En ocasiones, son justamente sus cuerpos los que mejor reflejan el proceso de exclusión, los mapas donde se inscribe la violencia social que padecen (Das. 2003). Las PSH suelen aparentar muchos más años de los que realmente tienen; las quemaduras, cortes, moretones, eccemas de una piel siempre expuesta al frío y al sol, son testimonios de cómo las condiciones de un entorno hostil se expresan en sus cuerpos. Los pies de esta gente son los más fieles exponentes de su malestar. En cierta oportunidad participé de una excursión que organizó una fundación, la cual finalizó en una pileta. En dicho contexto, los trajes de baño igualaban a las PSH con el resto de los usuarios, demostrando que la indumentaria es el principal elemento que nos induce a catalogar a una persona como “sin techo”. Pero, agudizando la mirada, en tal día tomé conciencia cómo las marcas sociales se acumulan en el cuerpo de quienes llevan años viviendo en la calle. Observando sus pies, me impresionaron las hinchazones, cortes de todo tipo y tamaño, y una serie de deformidades que reflejaban un andar incesante –dedos superpuestos, fracturas, etc. La condición que el poder impone a cambio de permitirles permanecer en el espacio público es la circulación constante, y las fuerzas de seguridad son el principal brazo ejecutor de tal principio (Snow y Anderson. 1993; Von Mahs. 2005; etc.). Entendiendo al sinhogarismo como un proceso de exclusión que condena a la movilidad forzada, sus pies son una herramienta condenada a operar sin descanso.

---

<sup>5</sup> El 57% de las PSH que habitan en Madrid declara haber sido víctima de algún tipo de delito. Entre los hechos que denuncian, en primer lugar y con un 67%, figuran los robos. A continuación señalan las agresiones físicas -44%-, y las violaciones -3% (Foro Técnico de PSH. 2006). No todas las PSH reconocen situaciones como una violación, ni tienen la costumbre de denunciar en las comisarías los hechos de violencia, lo que nos lleva a imaginar que estas cifras son aún mayores. Por otra parte, en una serie de encuestas realizadas en Nueva York, se ha determinado que las PSH sufren una tasa de violencia de un 59%, frente al 4% que padece el resto de los ciudadanos (Cohen *et al.* 1988).

La vía pública equivale a un espacio dominado por la inestabilidad. Para comprender las características de la vida en la calle es imprescindible tener en cuenta las restricciones de índole organizativo, político, moral o espacial que reducen las opciones de las PSH (Snow y Mulcahy. 2001). El clima es uno de los elementos básicos a tener en cuenta. El frío o la lluvia pueden convertirse en enemigos acérrimos de las PSH<sup>6</sup>. Es muy común escuchar frases donde el sujeto remarca que su estado de ánimo varía de acuerdo a las condiciones climáticas. Otro de los límites más importantes consiste en los modos hegemónicos de definir al espacio público. Sus prácticas se encuentran condicionadas por las pautas que rigen a dichos espacios. La vía pública ha sido diseñada pensando en la circulación, por lo cual la movilidad frenética de miles de ciudadanos transforma permanentemente el paisaje. Al ser un sitio abierto, todo cambia incesantemente, sin que las PSH tengan mayores posibilidades de controlar tales fluidos. Así, las tácticas que estas personas adoptan se caracterizan por lo efímero, dependen de factores externos, varían en función de los horarios, las épocas y estaciones del año (Cabrera. 1998)<sup>7</sup>. Los constantes cambios en el espacio generan una sensación de inestabilidad que nunca logra ser completamente exorcizada. Nadie controla nada, esa parecería ser la enseñanza para quienes se ven forzados a vivir en la calle.

Por otra parte, la calle es sinónimo de un espacio degradado que obstaculiza las posibilidades de establecer vínculos sólidos basados en la confianza mutua (Escudero Carretero. 2003; Snow y Anderson. 1993; etc.). La desconfianza se expresa a través del ingreso vedado a muchos de los comercios de la zona, cuyo acceso se encuentra condicionado por un criterio estético. Las interacciones entre las PSH y los comerciantes suelen estar “filtradas por las sospechas: van a robar en vez de comprar, gastarán poco respecto del problema que crean por ser asociados con su negocio -asustan a otros compradores” (Rosenthal. 1994. 78)<sup>8</sup>. Pero la desconfianza también se expresa entre las PSH. Es por ello que muchas personas han optado por moverse en solitario, evitando entrar en contacto con sus compañeros de infortunio. Incluso quienes se han establecido en un grupo suelen dudar de la buena fe de sus compañeros. La violencia entre *homeless* o las pérdidas de las propias pertenencias -siempre teñidas por la sospecha hacia algún compañero-, generan un ambiente de recelo. Pero por sobre todas las cosas, el clima de aprensión es consecuencia directa del estigma que padecen en tanto “vagabundos”<sup>9</sup>.

De hecho, las definiciones de exclusión social o de crisis surgen en oposición a determinados juicios de valor fuertemente enraizados en el conjunto social, que juzgan sobre “la naturaleza de las cosas”. Es a partir de la distancia que aleja a las PSH de tales principios que se los condena y estigmatiza. Estas apreciaciones responden a modelos de familia,

---

<sup>6</sup> La violencia que padecen las PSH no se expresa únicamente a través de golpizas, sino también en cuestiones como la inclemencia climática. De tal modo, los efectos nefastos de la calle se acumulan en el cuerpo y terminan matando a sus habitantes. No es casual que la esperanza de vida de las PSH sea veinte años menor respecto de la de la población general, una cifra que se repite tanto en España como en Estados Unidos (Muñoz *et al.* 2003).

<sup>7</sup> Las prácticas de los *homeless* suelen ser respuestas adaptativas frente a los innumerables constreñimientos que impone la condición en la que se encuentran. Es por ello que en este trabajo se prefiere la noción de táctica por sobre la de estrategia. Siguiendo a De Certeau (1996), las estrategias son definidas como el conjunto de decisiones y prácticas llevadas a cabo por los grupos sociales poderosos, suponen la capacidad de proyectar la propia agencia a futuro, trazar y tener los medios para seguir un plan. En contraposición, las tácticas suponen una respuesta más inmediata, una serie de decisiones adoptadas por los grupos sociales menos poderosos de acuerdo a la coyuntura que les toca vivir. La táctica suele ir acompañada de la contingencia, implica amoldarse a lo imprevisto. Así, las tácticas representan el mecanismo típico de los más débiles que buscan obtener alguna ventaja ante una situación desfavorable. Si el sujeto no tiene la capacidad de crear las reglas, por lo menos se las arreglará para, a través de su ingenio, manipularlas en su propio beneficio.

<sup>8</sup> En los *homeless*, el estigma de la suciedad fusiona criterios de “limpieza” con otros de propiedad. La sociedad percibe al simple contacto con las PSH como una amenaza de contaminación (Douglas. 1997). En tanto sujetos que se alejan de los parámetros culturales de limpieza, la exclusión de esta gente supone una distancia simbólica que los aleja del conjunto social y los convierte en virtuales intocables.

<sup>9</sup> Siguiendo a Goffman (2001), los estigmas son definidos como atributos socialmente desacreditantes, manchas en la propia identidad que descalifican a los sujetos e impiden una plena aceptación. El estigma equivale a un conjunto de percepciones negativas que generan rechazo, y guarda una estrecha relación con ciertos criterios de normalidad.

higiene, trabajo, o incluso a concepciones sobre las conductas apropiadas en los espacios públicos, etc. A su vez, la violencia simbólica que padecen las PSH se asocia con la forma en que el espacio físico refleja al espacio social. Como sostiene Das (2003. 301), el testimonio de su sufrimiento “puede reconstruirse a partir de la nueva manera que ocupan el espacio de representación simbólica en el imaginario colectivo”<sup>10</sup>. De tal modo, su estigma surge del contraste: su miseria material resalta ante la sociedad opulenta, ante el consumo como patrón social que rige a las capitales europeas. *Definitivamente, Luciano tiene algo de filósofo, es una especie de Diógenes moderno. Este hombre me explica que piensa a la condición de sin hogar en términos de “libertad en prisión”. Para él, la manera en que viven las PSH es similar a la de los presos: están condenados a depender de ciertos recursos, a no ser autónomos. Opina que la situación de los homeless es aún más cínica que la de los reclusos, pues ellos ven constantemente pasar a los caminantes comiendo helados, llevando bolsas de compras, usando ropa cara, ingresando a negocios costosos, en fin, consumiendo. Todas sus carencias se resaltan ante dicho contraste. Al señalar que son presos en libertad, Luciano formula una crítica a la forma en que vivimos: la libertad esta íntimamente relacionada con la capacidad de consumir. Quién no posee ninguna posibilidad de consumir es un esclavo, pasa a depender de los recursos sociales, de la mendicidad, de la caridad. Y eso es humillante. A partir de entonces se pierde ya no sólo el hogar, la familia, el trabajo, sino también el sentimiento de dignidad personal (2 de Agosto de 2004).*

En definitiva, en tanto ámbito residencial, la vía pública se constituye como un “espacio de devastación” (Ibídem), un territorio dominado por la violencia, inestabilidad, desconfianza y el estigma. Ante dicho contexto de limitaciones, ¿cómo se las ingenian para encontrar un sentido de normalidad?; ¿cómo preservan su humanidad?

## **2. La búsqueda de redención entre las personas sin hogar**

Cuando el sufrimiento es demasiado intenso, amenaza con disolver el modelo de vida del sujeto. En consecuencia, se torna vital que el individuo adopte mecanismos que le permitan hacer soportable sus penas. Aprender a sufrir es sinónimo de reencausar el dolor y encontrar un sentido de normalidad a partir de una explicación de sus padecimientos (Das. 1987). Existen determinados patrones culturales disponibles para lograr tales propósitos, entre los cuales se destacan las narrativas o teodiceas sobre el sufrimiento. Las religiones han supuesto la respuesta más clásica, la principal vía de explicación y redención frente al misterio de la muerte y el padecimiento. De tal modo, “los símbolos religiosos permiten que el dolor adquiera un sentido en el que prima una esperanza de recompensa y convierte al dolor personal de una conciencia aislada en algo compartido colectivamente” (Das. 1997. 2). En primer lugar, el aspecto “sanador” presente en numerosos rituales chamánicos no apunta necesariamente a restituir una salud deteriorada, sino a reconstruir la vida de quien padece a partir de una nueva relación más armónica con la muerte (Ibídem)<sup>11</sup>.

Es importante destacar un segundo elemento en los discursos de redención religiosos: su capacidad de acabar con el sufrimiento aislado del sujeto, de reconfortarlo integrándolo en una colectividad (Das. 2003). Sin embargo, las penas no siempre conducen a crear una

---

<sup>10</sup> Los primeros días en la situación de calle suponen un quiebre particular, donde el dolor del sujeto se asocia con tomar conciencia de cuánto ha retrocedido en la escala social. No es casual que las PSH apelen a metáforas geométricas para expresar dicho proceso, mencionando “lo bajo que he caído”. En tal sentido, Goffman (2001. 154) sostiene que “lo doloroso de una estigmatización repentina no surge de la confusión del individuo respecto de su identidad, sino del conocimiento exacto de su nueva situación”.

<sup>11</sup> La religión es un elemento que subyace cómo táctica emotiva en más de una PSH. En una sociedad con una fuerte tradición católica como es la española, entre los *homeless* es común observar una lógica que podría resumirse con la siguiente frase: “ya he sufrido demasiado, estoy purificado, he pagado mis culpas” (al respecto, ver Snow y Anderson. 1993; Escudero Carretero. 2003; etc.). De tal modo, la esperanza de salvación da un sentido a los suplicios de esta gente, garantiza que el futuro será más promisorio de lo que han vivido en el pasado y en el presente.

comunidad moral. Como demuestra Sheper-Hughes, el ser humano es capaz de soportar las peores condiciones sin que por ello tienda necesariamente a congregarse. Por el contrario, el dolor también puede destruir cualquier cosmología con la cual otorgar sentido a las aflicciones (en Das. 1997). Como veremos a continuación, este es el caso de las PSH en Madrid, quienes no logran unificar sus angustias en una narrativa común que los conduzca a conformar un colectivo que reclame por sus derechos. ¿Qué ocurre entonces cuando fracasa la teodicea?, ¿qué sucede cuando no hay disponible un patrón narrativo común que permita explicar y aliviar los tormentos que azotan al sujeto?, ¿a través de qué mecanismos las PSH se redimen como sujetos ante unas condiciones tan adversas?, ¿cómo dan sentido y reencauzan la violencia que los afecta cotidianamente?

### ***2.1. Violencia y estigma: tácticas emotivas y dificultades para conformar un colectivo***

Quienes residen en Plaza Ópera poseen vivencias similares: han sido expulsado del mercado del trabajo y la vivienda, las solidaridades familiares por una cuestión u otra han fallado, etc. Por otra parte, en la calle han vivido una serie de vicisitudes parecidas, entre las que cabe destacar la sensación de humillación al ser interrogados en los servicios sociales para PSH. Asimismo, la vía pública es un espacio tan limitante que los obliga a ciertas formas de cooperación para satisfacer las necesidades más básicas, a entablar una serie de códigos que apuntan a hacer más armoniosa la convivencia. En la plaza Isabel II esta situación se expresa en una serie de reciprocidades, entre las que cabe subrayar el compartir un cartón de vino. Para este grupo en particular, el alcohol es un elemento clave en su socialización; la gente de Ópera sabe que allí podrá beber por más que no disponga de efectivo. Las mantas o los abrigos son otros objetos que se suelen compartir, especialmente cuando un compañero se ha quedado sin la protección con la cual afrontar las gélidas noches de invierno. Pero en lo que a las formas de cooperación refiere, la protección mutua es el principal elemento a destacar. Debido a que son hombres que han superado ampliamente los 50 años de edad, con muchos años de calle y con un estado físico endeble, la sensación de indefensión sólo puede ser mitigada con un pacto de socorro ante posibles agresiones nocturnas. En consecuencia, la violencia es sinónimo de un principio de congregación, genera un sentido incipiente de comunidad.

No obstante, la respuesta a los interrogantes planteados anteriormente suele ser negativa: no existe un patrón narrativo común que posibilite explicar al sinhogarismo y redimir a estos sujetos de sus padecimientos. Y ello es así por diversos motivos. En primer lugar, los *homeless* no forman parte de un colectivo previo. En segundo término, la imprevisibilidad forma parte de la naturaleza del sinhogarismo. A diferencia de otros hechos traumáticos, como por ejemplo en las denominadas “crisis de los ciclos vitales” –muerte, adolescencia, divorcios, etc.-, no se observa la presencia de rituales establecidos que aporten significado al sufrimiento y permitan reencausar la vida hacia un “nuevo estado de normalidad” (Das. 1997). En tercera instancia, las PSH no disponen de un sistema de sanciones que castigue a quien viola esta serie de códigos, por lo cual las promesas de solidaridad muchas veces son incumplidas. Por otra parte, debemos tener presente que los *homeless* no siempre son víctimas de la violencia, sino que a veces se convierten en victimarios –como se mencionó anteriormente, los robos y las agresiones entre PSH son relativamente frecuentes. En consecuencia, las redes sociales que forman suelen ser erráticas, los grupos se caracterizan por las vinculaciones efímeras, sin un alto grado de compromiso mutuo; muchos de quienes se juntan por las noches, durante el día se dispersan. *P: ¿Y es posible la amistad estando en la calle? R: Si, hay una amistad, pero cada uno en su sitio. Aparte claro, nosotros juntamos grupos, juntamos grupitos que nos llevamos bien. Dormimos juntos y nos preservamos los unos a los otros, y nada más. Porque tenemos que estar así.*

*Porque si no estás unido en algún grupo, que si estás sólo en la calle te matan. En la calle te matan si estás solo, porque es así. Que mira, te pueden venir los skinheads, te pueden venir... gente mala, que no tiene conciencia. Llegan y pegándote patadas en las cajas, a romperte el chiringuito que tienes ahí para dormir. Y si no estamos unidos, pues malo. Siempre tenemos que estar pues dos o tres personas. Para que te respeten un poquito (...) Hay una amistad, pero cada uno en su sitio. Tú allí, yo aquí, y se acabó. Pero por las noches somos todos unos. Por las noches, en general, somos todos unos. Por que pegamos una voz y se levantan todos. P: Pero por lo que me contás es más de ayudarse en temas de seguridad que de verdadera amistad. R: Exactamente, en seguridad nos ayudamos todos. En seguridad (Entrevista a Alfredo, 31 de Enero de 2006).*

Pero sin lugar a dudas el factor clave a resaltar consiste en el estigma asociado con la condición de sin hogar, el cual conlleva a permanentes divisiones. Uno de los obstáculos que deben superar estas personas consiste en que, por lo general, no pueden adquirir prestigio a través del estatus asociado con el empleo, el espacio en el que residen, o los objetos que poseen. Por consiguiente, el discurso se convierte en el terreno privilegiado a la hora de resaltar los aspectos positivos de la propia identidad (Snow y Anderson. 1987; Lovell. 1997). Bajo tal perspectiva es que debemos interpretar los relatos donde el sujeto tergiversa su pasado exagerando determinadas cuestiones que, en nuestras sociedades, son los principios que articulan el prestigio social de las personas. Dichos discursos versan sobre la cantidad de dinero que ganaba en su trabajo, el coche o las mujeres que tuvo, la responsabilidad y cantidad de subalternos que estaban bajo su cargo en el antiguo empleo, etc.

La redención de las PSH suele centrarse en respuestas individuales, en tácticas emotivas que apuntan a lidiar con los principales criterios de normalidad a partir de los cuales son juzgados y estigmatizados: la suciedad, el alcoholismo, el desempleo como producto de la vagancia y la pasividad, la mendicidad como actividad repudiable, el ser meros receptores de las ayudas por parte de las agencias de socorro, la distancia respecto de la familia, sus prácticas como contrarias a la normativa que rige al espacio público, etc. Se trata de respuestas psicológicas que se limitan a rescatar la autoestima del naufragio en el que se encuentra su identidad, hacer más llevadera la cotidianidad y afrontar los problemas asociados con el estigma<sup>12</sup>.

Resulta significativo que la principal modalidad de salvar al *self* consista en los permanentes esfuerzos por diferenciarse de las demás PSH. Contra lo que suele pensarse, por lo general los *homeless* no suelen resignarse ante las identidades sociales que le son asignadas. Para sentir que son aceptados, esta gente reproduce los estereotipos sobre los “vagabundos”, pegando estas etiquetas en las demás PSH y distanciándose discursivamente de sus compañeros de desgracias (Snow y Anderson. 1993; Rosenthal. 1994; etc.). *Cuando le pregunto acerca de la posibilidad de realizar una entrevista, responde nuevamente con evasivas. A pesar de que hace más de un año que lo conozco, Felipe sigue esquivando el tema. Pero lo interesante es el por qué de su negativa, cómo se diferencia del resto de las PSH. “Es que mi entrevista no te vale. Yo no tengo nada que decirte sobre la indigencia, no me relaciono con esa gente”. Dice que las PSH son muy mentirosas y egoístas. “Están llenos de vicios, y tú nunca me has visto a mí ni bebido ni drogado. Por eso prefiero estar sólo”. Cuenta que siempre están buscando el beneficio personal, por más mínimo que fuese, y que nunca están dispuestos a compartir nada. Me llama la atención esa forma de plantear su realidad como completamente aparte del sinhogarismo en particular, y de la indigencia en general, más aún sabiendo que lleva casi dos años viviendo en la calle (18 de Junio de 2005).*

---

<sup>12</sup> Una aclaración necesaria respecto de las tácticas psicológicas: no siempre suponen procesos creados de forma consciente y voluntaria por parte del sujeto. El contexto espacial en buena medida moldea las conductas, e induce a adoptar determinadas orientaciones cognitivas. Más pertinente sería imaginar un proceso de retroalimentación entre la voluntad del sujeto por afrontar con éxito las dificultades que se le presentan, y la socialización en un espacio de exclusión como es la calle.

Las PSH adoptan como válidos prejuicios que le son perjudiciales. Los esfuerzos por distinguirse de sus compañeros, el que repitan tantos estereotipos negativos, atentan contra las posibilidades de generar un patrón común de recuerdo así como conlleva una enorme dificultad por conformar un colectivo capaz de movilizarse y revertir los procesos sociales que aplastan a tantos individuos en el sinhogarismo. Retomando el argumento planteado previamente, la violencia no siempre conduce a la conformación de comunidades, menos aún cuando el estigma es un sello que se adhiere a sus víctimas. De tal manera, “a pesar de que la gente de la calle despliega formas de solidaridad con sus grupos próximos y, menos intensamente, con la gente de la calle en general, la lealtad claramente corre detrás de sus necesidades personales. La mayoría de las soluciones parecen ser individuales (...) mientras las lealtades colectivas son importantes y significativas, también son frágiles y transitorias” (Rosenthal. 1994. 29). De modo similar, quienes logran escapar del círculo de exclusión no suelen estar dispuestos a aportar su experiencia ni a luchar por sus antiguos compañeros de desgracias autoidentificándose como *homeless* (Snow y Anderson. 1993). Como me explicó en cierta ocasión un hombre que se encontraba en dicha situación, “*es que ya has vivido demasiado, quieres olvidar todo, tener un respiro y empezar a vivir*”. Politizar su vida podría suponer volverla “aún más diferente de la vida *normal* que se le negó inicialmente” (Goffman. 2001. 135).

Si los esfuerzos por diferenciarse de las demás PSH constituyen un primer factor para explicar por qué la violencia no equivale a generar una comunidad entre *homeless*, en segundo lugar es preciso destacar el peso del silencio. A diferencia de otros grupos que han sufrido experiencias traumáticas, por lo general las PSH optan por ocultar su sufrimiento, prefieren no hablar del tema. Sus silencios remiten a diversas cuestiones. Es preciso entender que la mayoría de las PSH poseen una vasta experiencia de interrogatorios. Han sido interpelados numerosas veces por más de un “funcionario de lo social”, por lo cual están hartas de repetir su “historia triste”. Trabajadores y educadores sociales, periodistas y psicólogos, han hurgado en las heridas formulando las preguntas más incómodas, las que más duele responder. Por otra parte, lo que más de una PSH busca en las calles madrileñas es la invisibilidad, fundirse en la masa urbana. La lógica que persiguen consiste principalmente en el anonimato como una forma de evitar ser reconocidos por sus familiares.

Sus represiones y olvidos se expresan en un código compartido por la gente que vive en la calle, el cual prescribe no hacer preguntas personales (Bahr. 1973; Snow y Anderson. 1993; etc.)<sup>13</sup>. Tratándose de personas que han perdido su empleo, han visto como su vida iba de mal en peor, han experimentado la ruptura familiar, nadie quiere verse forzado a recordar su biografía. La consecuencia inmediata de tal situación consiste en un código que estipula que si alguien quiere contar su vida los demás lo escucharán, pero nadie hará preguntas personales si no es el propio sujeto quien inicia la conversación. *No, realmente no nos contamos nada. Luego hay alguno que viene contando la historia sin preguntarle nada, “y me ha pasado esto”, pero son cosas sin importancia. Yo, realmente, poco sé de los que hay. Poco sé, no, poco no, nada. Del que más sé es del Duque, pero porque siempre está en lo mismo: “me voy a ver a mis chicos”. Sé que tiene chicos y chicas. Hasta ahí me dijo, pero no sé como se llaman, ni donde viven (...) No, no sabemos nada porque no hablamos. No tenemos la suficiente confianza para exponerlo porque quizás no nos quedamos con la historia, porque de vez en cuando yo sí cuento mi historia, pero en pequeñas porciones. Ellos saben que tengo una hermana, soy casado, esas pequeñas cosas sí. Pero no se llega al fondo de la cuestión. Porque si saben que tengo una hermana, pues me pueden decir: “¿dónde vive tu hermana?” O, “¿qué edad tiene tu hermana?” Yo no he dicho que tiene 51 años, vive en Alicante, está casada, no llego a eso (...) porque el contar una tristeza tampoco va a solucionar nada al*

---

<sup>13</sup> Este código responde a un proceso más amplio asociado con el estigma, el cual fue analizado por Goffman (2001) y la escuela del interaccionismo simbólico en tanto mecanismo de “control de la información personal”.

*otro. En pequeñas porciones sí, porque a lo mejor mira “cuando yo tenía tal edad, hacía esto, lo otro”, esas pequeñas porciones sí. ¿A quien le cuento yo el problema que he tenido con mi mujer, por ejemplo? Le voy a amargar la vida, el día al otro. Hay que ver, esa persona va a tener el mismo problema que yo. O mayores (...) Pero es por eso. Conocemos lo que sería la faceta alegre, pero la mayoría no tenemos una faceta alegre, por eso nos conocemos menos (Entrevista a Héctor, 18 de Junio de 2005).*

En más de una ocasión comprobé que conocía más detalles de la vida de un informante de los que sabía un compañero que llevaba años residiendo en la misma plaza. Por otra parte, la necesidad de anonimato o de distanciarse del propio pasado se refleja en lo frecuente que es encontrarse con PSH que identifican a sus compañeros con un apodo, sin jamás preguntar por el nombre y menos aún por el apellido. Al respecto, Goffman (2001) nos recuerda que los cambios de nombres suelen ser indicio de una importante fractura entre el individuo y su mundo exterior. En todo caso, el “anonimato no es simplemente un síntoma de la naturaleza impersonal de la vida en la calle, sino también una estrategia adaptativa que promueve la supervivencia mutua” (Snow y Anderson. 1993. 177). A su vez, es frecuente enterarse que la PSH no ha confesado su vida de calle a sus familiares o amigos. La expresión que se repite en boca de esta gente, y que mejor refleja dicha situación, es aquella que plantea que a los amigos o a la familia “los tengo engañados”. “La mentira”, si es que así puede llamarse a dicha táctica de ocultación de información, responde a un problema recurrente: la calle como un espacio de estigmatización social. Tener engañados a los afectos más íntimos constituye un esfuerzo por preservar la propia estima. Los procesos de ocultación de información dicen mucho sobre la identidad que quiere mostrar la PSH frente a sus interlocutores. *P: ¿Y cómo se toma tu familia el hecho de que duermas en la calle? R: No, los tengo muy engañados. Aunque no son tontos, ¿me entiendes? (...) Yo les digo que estoy con un amigo que tiene un piso en Diego de León, y que normalmente duermo allí. Y mi chico me dice “te han visto en Ópera durmiendo ayer”. Le digo “sería a lo mejor que vendría yo castaña...”, así muy espontáneo, “y me habré acostado ahí, vete a saber”. Y es que tengo una sobrina, que mañana por cierto a la 1:30 no tengo que estar allí, aunque normalmente no estoy, porque es que trabaja en una casa. Viene a hacer una casa aquí al lado de Ópera, en donde el hotel, el hotel que hay un poquito más allá, pues en la casa que esta un poquito más para allá, viene a ayudar a una mujer y tal, y luego a la 1:30 pasa por allí. Y me ha visto 2 veces. ¿Entiendes? (Entrevista al Duque, 18 de Noviembre de 2004).*

Otra táctica recurrente que apunta a lograr cierto nivel de autoestima, pasa por los procesos de apropiación y resignificación del espacio público. Como argumenta Das (2003), en ocasiones la resemantización de los espacios de devastación revierten los significados injuriantes. Considerando al sinhogarismo como la imposibilidad de residir en un ámbito privado, la apropiación es un proceso inevitable que guarda relación con el uso de los territorios y los objetos, remite a la mutación de los espacios en lugares (De Certeau. 1996; Lawrence y Low. 1990). A partir de tal transformación, el espacio, que hasta entonces permanecía ajeno y externo al sujeto, se convierte en un elemento que pasa a formar parte de su esfera de acción. En tal sentido, vale la pena destacar los esfuerzos por imponer una imagen de orden y limpieza en el territorio que se ocupa temporalmente. Como nos recuerdan Snow y Anderson (1993), si este tipo de prácticas son factores claves en los procesos de construcción de las identidades de cualquier ser humano, en ciertas PSH adquieren una dimensión trascendental, se erigen como las fronteras que distinguen entre el mundo civilizado y el de los bárbaros. Sus discursos se encuentran saturados por referencias que aluden a la higiene personal, donde nuevamente se enfatiza la distancia respecto de los demás *homeless* “que no saben mantener el sitio como es debido”. Tales relatos, al igual que los esfuerzos por embellecer o asear la zona donde residen, deben ser comprendidos como auténticas tácticas por preservar la propia dignidad ante una sociedad que apela al orden y la

limpieza como criterios a partir de los cuales juzga a sus integrantes. *Los edificios se encuentran comunicados por una especie de arco de cemento sobre el cual se han construido más departamentos. Por debajo del arco, un hueco comunica al patio interno. En tal espacio viven Ofelia y Rubén, de 65 y 76 años de edad respectivamente (...) Sobre la pared observo dos colchones, así como otros objetos alrededor de los mismos. Me cuentan que tardan una hora para hacer la cama, y más para deshacerla. Parece que tales tareas tienen algo de ritual: deben poner primero una alfombra, luego los cartones, a continuación los colchones, por último las sábanas y frazadas. A la mañana tardan más tiempo aún, porque deben sacudir las sábanas y barrer todo. Rubén barre incluso la vereda de los vecinos –la acera de un locutorio y de una peluquería. Ella dice que no hace falta que haga tanto, que los vecinos le podrían dar algo de dinero a cambio. El responde que es importante que vean que son gente limpia, gente responsable, que “no somos unos sucios”. Así y todo, parece que el vecino que vive justo arriba de ellos los trata de mal modo. “La gente se queja por cualquier cosa, les molesta nuestra presencia” comenta ella con cara resignada” (10 de Junio de 2004).*

Otros trucos mentales que actúan a modo de tácticas emotivas pasan por esperar lo mínimo posible de la vida y tomar el día como viene. En cuanto al primer caso, se trata de una fórmula con la cual maximizar la felicidad, un tipo de pensamiento que genera una modestia en las expectativas ante el miedo de pedir demasiado y verse defraudado nuevamente (Liebow. 1993). Ramón, uno de los informantes claves de esta investigación, apunta en un cuaderno sus frases preferidas. Una de ellas sostiene lo siguiente: “es más feliz el que no tiene lo que no desea, que el que tiene lo que desea”. Las esperanzas y los deseos se circunscriben a las necesidades más elementales. No reprimir las expectativas puede llevar a un pesimismo y descontento perpetuo. Es por ello que más de una PSH le escapa al pesimismo, a veces incluso cerrando los ojos ante la realidad más evidente (Ibídem).

Tomar el día como viene significa silenciar las preguntas que apuntan al futuro –e incluso a veces, los recuerdos que remiten al pasado (Escudero Carretero. 2003). En tal sentido, y como sostiene Das (2003) respecto de las víctimas de hechos violentos, la preservación del self no responde tanto a un pasado difuso, sino a los esfuerzos cotidianos por lograr la subsistencia y hacer más llevadero su presente. Esta cuestión guarda relación con la sensación de falta de poder para controlar los eventos e incidir en el porvenir: cuando la persona fracasa en su búsqueda de bienes básicos cotidianos, termina sacrificando objetivos a largo plazo (Wolch *et al.* 1993). Se trata de una forma de luchar contra la desesperanza apelando a los recursos psicológicos disponibles (Escudero Carretero. 2003)<sup>14</sup>.

Pero esta postura tiene sus costos: la dificultad por planificar una salida del espacio de exclusión, o por adelantarse a los eventos incluso cuando es obvio que se avecina una catástrofe (Liebow. 1993). De hecho, entre los recién llegados al sinhogarismo es frecuente escuchar planes que apuntan a reencauzar su vida. Todo lo contrario ocurre con los más experimentados: cada vez que intentaron levantar la cabeza recibieron un nuevo garrotazo, por lo cual evitan planificar para no experimentar la sensación de fracaso y una nueva recaída de su autoestima. Aquí no se afirma que las PSH sean incapaces de planificar. Lo que se sostiene es que los futuros que se les presentan no permiten imaginar una vida más allá del círculo de exclusión. *Mariano le explica a la trabajadora social que está harto de los Albergues, que se marchó porque “están hechos para los inmigrantes. Ellos tienen todas las facilidades, a nosotros nos obligan a hacer cursos”. A continuación le pide que le consiga*

---

<sup>14</sup> Al respecto, la experiencia de Primo Levi en los campos de exterminio nazis son más que elocuentes: “mas en general la experiencia nos había demostrado ya infinitas veces la vanidad de toda previsión: ¿con qué objeto esforzarse en prever el porvenir cuando ninguno de nuestros actos, ninguna de nuestras palabras lo habría podido influenciar en lo más mínimo? (...) nuestra sabiduría consistía en no tratar de entender, ni imaginarse el futuro, no atormentarse por cómo y cuándo acabaría todo: no hacer y no hacerse preguntas” (1987. 199-200).

*una habitación por 150 euros -ese es el dinero que dispone por mes (...) Entonces la trabajadora social le dice a Mariano que ve todo negativo, que salir de la calle depende de él. Sebastián interfiere dándole la razón a su compañero: “es que las cosas son así”. Ella insiste: “dime algo positivo, anda”. Ante esta frase, la respuesta del homeless es la siguiente: “hay cosas positivas, pero es que yo no las veo... o no me pasan a mí”. La trabajadora social se marcha de la Plaza con un Mariano que no se cansa de repetir que están mejor en la calle que en los albergues (22 de Febrero de 2006).*

### **3. Conclusión**

Como se expuso en este trabajo, la violencia inherente al proceso de sinhogarismo conlleva a situaciones tan dolorosas para el individuo que dislocan las modalidades de percepción de la temporalidad. Quedarse en la calle, y las consiguientes experiencias traumáticas asociadas con dicho espacio de devastación, redefine el sentido de “normalidad”. Ello es observable en cómo se alteran los recuerdos asociados con el hogar, o en las perspectivas particulares, propias de un entorno degradado, con las que se interpreta el presente.

¿Cómo lidiar con un sufrimiento tan devastador? En diversas investigaciones se sostiene que la violencia puede ser una fuerza que aglutina a las víctimas en un colectivo, donde es posible sobrellevar conjuntamente el dolor. Para ello, resulta vital que el grupo adhiera a una narrativa que explique el por qué de sus padecimientos, que unifique sus voces en un relato común que otorgue sentido y promueva una acción relativamente homogénea frente a las aflicciones. En el caso de los *homeless*, no existe un patrón común, una teodicea que les permita reencontrar un sentido de normalidad y de redención. Residiendo en un espacio dominado por la desconfianza y la incertidumbre, la violencia no ha sido equivalente a la unión, a la conformación de una comunidad. Por el contrario, cuando a la violencia se suma el estigma, el proceso es inverso: los sujetos no luchan por reivindicar una cierta identidad común, sino que se esfuerzan por distanciarse de las poblaciones marcadas por los prejuicios sociales.

El segundo elemento destacado en este estudio respecto de las respuestas ante la violencia propia del sinhogarismo consiste en los silencios. Una de las preguntas recurrentes en las investigaciones sobre las crisis guarda relación con la intención de narrar lo sucedido y los patrones discursivos dominantes entre las víctimas de la violencia. En el caso de los *homeless*, el aspecto que prevalece es su voluntad de preservar la intimidad. Para ello, la regla general es la de callar, omitir cualquier referencia a la historia personal, más aún si se encuentra asociada con los factores que lo empujaron al sinhogarismo. Una vez más, el estigma es un elemento que incide en la conformación de tales relatos y sus respectivos silencios.

A continuación observamos cómo los esfuerzos por lograr un nivel de autoestima y redención se encaminan a partir de una serie de tácticas emotivas o psicológicas, donde el sujeto se salva a sí mismo a costa de hundir al resto de sus compañeros de desgracia. Una de las enseñanzas más características de la calle es la máxima “sálvese quien pueda”, que en este caso se aplica reproduciendo y descargando en los demás *homeless* los estereotipos que perjudican a los sin hogar. Con ello no pretendemos negar las formas de cooperación y reciprocidad, la voluntad de integrarse en grupos de PSH, sino destacar que para preservar la propia dignidad parecería indispensable distanciarse discursivamente de las demás PSH. Dicha situación demuestra dos cuestiones: en primer lugar, la dificultad por conformar un colectivo que luche por reivindicar los derechos de las PSH en su conjunto; en segundo término, caracteriza a la calle como un espacio dominado por los sentimientos encontrados, donde las PSH comparten los valores y prejuicios sociales dominantes pero simultáneamente deben adaptar su conducta a los códigos propios de la calle. Así, se verifica la recurrencia de

situaciones de doble vínculo, las cuales encierran a los *homeless* en contradicciones insalvables y son una fuente inagotable de malestar. La calle es un espacio alienante, saturado de dilemas imposibles de resolver que impactan negativamente en las orientaciones cognitivas de las PSH (Snow y Anderson. 1993). En definitiva, las tácticas emotivas ayudan a sobrellevar el estigma y la situación de calle, pero nunca son plenamente satisfactorias.

Por último, cuando la estadía en la calle se expresa en años, el entorno de exclusión trastoca los marcos básicos de referencia. Normalidad y crisis conforman un binomio indisociable: cuando uno de los componentes se modifica, arrastra consigo a su opuesto. No es que se hayan invertido los significados; la crisis sigue siendo entendida como la interrupción abrupta de la cotidianidad. La alteración se ha centrado en los significantes: la cotidianidad pasa a ser el contexto de calle, y la interrupción abrupta puede ser asociada con la reinsertión en un piso protegido. A partir de entonces, salir de la calle se torna muy difícil; pero mucho más duro aún suele ser lograr mantener un domicilio sin “reincidir” en el sinhogarismo. Los hábitos adquiridos en la calle generan discrepancias cognitivas con la vida domiciliada. Así, cuando el sujeto pasó muchos años residiendo en la vía pública, el alojamiento estable puede llegar a ser visto como sinónimo de aislamiento y distancia respecto del ambiente en el cual la PSH ha aprendido a desenvolverse, comienza a desdibujarse como posibilidad real en su gama de opciones (Koegel. 1998). Sebastián, con más de 30 años de calle a cuestas, ejemplifica esta cuestión. Este hombre aceptó alojarse en un albergue, pues ya no soportaba el frío de la calle como antes, y debido a sus 70 años no se sentía seguro para defenderse ante una posible agresión física. No obstante, Sebastián no logró soportar la vida en el albergue; a los pocos meses, estaba nuevamente girando por las calles madrileñas. *El tema surgió cuando me dijo que le costaba dormir en el Centro, que le incordiaban los ruidos de sus compañeros. Al responderle que la calle es mucho más ruidosa, Sebastián argumentó que es posible, pero que allí no existe el eco, y eso es algo que se encuentra presente en un espacio cerrado como una habitación y a lo que no se puede acostumar (...)* La trabajadora social me cuenta algunas anécdotas de Sebastián, las cuales demuestran cómo la calle se marca en la mente de esta gente, como incorporan ciertos hábitos que luego son muy difíciles de desterrar. Me explica que a lo largo de estos tres meses Sebastián durmió en el suelo del Albergue, rechazó sistemáticamente la cama... ¡por encontrarla incómoda! (3 de Febrero de 2005).

## **Bibliografía**

Autès, Michel. 2004. “Tres formas de desligadura” En: Karsz, Saül (Coord.). *La exclusión: bordeando sus fronteras. Definiciones y matices*. Barcelona. Gedisa, pp.15-54.

Bahr, Howard. 1973. *Skid row: An introduction to disaffiliation*. New York. Oxford University Press.

Cabrera, Pedro José. 1998. *Huéspedes del aire. Sociología de las personas sin hogar en Madrid*. Madrid. Universidad Pontificia de Comillas.

Cohen, Carl I; Jeanne Teresi, Douglas Holmes y Eric Roth. 1988. “Survival strategies of older homeless men” En: *The Gerontologist* 28, Núm.1, (Febrero), pp.58-65.

Das, Veena. 1997. Sufrimientos, teodiceas, prácticas disciplinarias y apropiaciones En: *Internacional social Science Journal*, Vol. XLIX, Núm. 154. Acceso octubre 10, 2007. [www.unesco.org/issj/rics154/dasspa.html](http://www.unesco.org/issj/rics154/dasspa.html)

- Das, Veena. 2003. "Trauma and testimony. Implications for political community" En: *Anthropological Theory* 3, Núm.3, pp.293-307.
- Das, Veena. 1987. "The anthropology of violence and the speech of victims" En: *Anthropology Today* 3, Núm.4 (Agosto), pp.11-13.
- Das, Veena. 1985. "Anthropological knowledge and collective violence: the riots in Delhi", En: *Anthropology Today* 1, núm.3 (Junio), pp.4-6.
- De Certeau, Michel. 1996. *La invención de lo cotidiano 1. Artes de hacer*. México. Universidad Iberoamericana.
- Douglas, Mary. 1977. *Pureza y peligro*. Madrid. Siglo XXI.
- Escudero Carretero, María. José. 2003. *Mujeres sin hogar en Granada. Un estudio etnográfico*. Granada. Universidad de Granada, Instituto Andaluz de la mujer.
- Foro Técnico de Personas sin Hogar. 2006. *Operación de recuento nocturno de personas viviendo sin techo en las calles de Madrid*. Madrid. Avances de Resultados, Concejalía de Empleo y Servicios a la Ciudadanía, Ayuntamiento de Madrid (12 de Diciembre).
- Glasser, Irene y Brigman, Rae. 1999. *Braving the street. The anthropology of homelessness*. New York. Berghahn books.
- Goffman, Irving. 2001. *Estigma: la identidad deteriorada*. Buenos Aires. Amorrortu.
- Hallbawchs, Maurice. 2004. *La memoria colectiva*. Zaragoza, Prensa Universitaria de Zaragoza.
- Koegel, Paul. 1998. "La perspectiva antropológica como enfoque diferente de los enfermos sin hogar" En: *Intervención Psicosocial* 7, Núm 1, pp.27-46.
- Lawrence, Denise L. y Low, Setha. 1990. "The built environment and spatial form" En: *Annual Review Anthropology* 19, pp.453-505.
- Levi, Primo. 1987. *Si esto es un hombre*. Barcelona. Muchnik.
- Liebow, Elliot. 1993. *Tell them who I am. The lives of homeless women*. New York. Penguin books.
- Lovell, Anne M. 1997. "The city is my mother: narratives of schizophrenia and homelessness" En: *American Anthropologist* 99, New Series, (Junio), pp.355-368.
- Muñoz López, Manuel; Vázquez Valverde, Carmelo y Cruzado Rodríguez, Juan. 1995. *Personas sin hogar en Madrid: informe psicosocial y epidemiológico*. Madrid. Comunidad de Madrid, Consejería de Integración Social.
- Paugam, Serge. 2007. *Las formas elementales de la pobreza*. Madrid. Alianza.

- Rosenthal, Rob. 1994. *Homeless in paradise. A map of the terrain*. Philadelphia. Temple University Press.
- Sassier, Monique. 2004. "La exclusión no existe, yo la encontré" En: Karsz, Saül (Coord.). *La exclusión: bordeando sus fronteras. Definiciones y matices*. Barcelona. Gedisa, pp.87-110.
- Shlay, Anne B. y Rossi, Peter H. 1992. "Social science research and contemporary studies of homelessness" En: *Annual Review of Sociology* 18, pp.129-60.
- Snow, David y Anderson, Leon. 1987. "Identity work among the homeless: the verbal construction and avowal of personal identities" En: *American Journal of Sociology* 92, pp.1336-1371.
- Snow, David y Anderson, Leon. 1993. *Down on their luck. A study of homeless street people*. Los Angeles. University of California Press.
- Snow, David y Mulcahy, Michael. 2001. "Space, politics, and the strategies of the homeless" En: *American Behavioral Scientist* 45, Núm.1, pp.149-169.
- Turner, Victor. 1999. *La selva de los símbolos*. Madrid. Siglo XXI.
- Von Mahs, Jürgen. 2005. "The sociospatial exclusion of single homeless people in Berlin and Los Angeles" En: *American Behavioral Scientist* 48, Núm.8 (Abril), pp.928-959.
- Wolch, Jennifer R; Rahimian, Asfaneh y Koegel, Paul. 1993. "Daily and periodic mobility patterns of the urban homeless" En: *Professional Geographer* 45, Núm.2 (Mayo), pp.159-169.